

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Rey que muere sin techo

25 de noviembre de 2007

Último domingo del año litúrgico; en él leemos un pasaje de san Lucas impresionante que, de algún modo, cierra el cuadro que abrió el evangelista con la gran promesa del enviado del Dios, que se anuncia a una jovencita de Nazaret: ella va a tener un hijo, a quien deberá poner por nombre Jesús. Esos eran los términos de la promesa. ¡Qué burla cuando, al final de su evangelio, san Lucas nos relata en qué se ha convertido la gran esperanza de un Salvador para su pueblo! Su trono se ha convertido en el lugar del martirio de la cruz; sus compañeros son dos criminales que le flanquean a izquierda y derecha, y en lugar de un homenaje recibe este rey los sarcasmos de los que le han preparado ese "trono".

¿Se termina así el sueño de un rey tan esperado? No. Jesús, crucificado aquí sobre la cruz, es a pesar de todo el Salvador tan esperado. Y no son los poderosos y los sabios quienes se percatan de ello, sino uno de los dos malhechores que está a su lado. Esas son las paradojas del Evangelio. Y desde esa manera aparente de "fracasar" Jesús, al morir de este modo, todo el mundo de valores ha cambiado sin duda, porque éste que muere sin techo, a la intemperie, es el Hijo de Dios, que ofrece su vida para que la injusticia de los hombres no tenga la palabra definitiva. Él ha resucitado y la vida cambia de perspectiva: los últimos serán los primeros. Se inaugura así un nuevo tipo de relaciones entre las personas y con el universo entero, basadas no en dominación, sino en el respeto mutuo.

Pero hace falta creer que esto es verdad. La vida de las personas sin hogar, los llamados «*sin techo*», nos recuerda que existe en nuestra sociedad un grupo no pequeño de personas, cuyo problema no puede